

# EPISODIOS MILITARES

## MEXICANOS

---

*Al ejército nacional y á la  
sociedad mexicana.*

México, desde la explosión que inicia su independencia convirtiéndolo en nación libre y soberana, vive durante setenta años con terrible vida militar que es larga y fulgurante epopeya, preñada de hazañas, jornadas admirables y actos del más alto y puro heroísmo... ¡Apenas habrá pueblo en la Historia que en el mismo lapso tenga tantos y tan sangrientos episodios guerreros! Durante ese periodo la sombría deidad de la Guerra se complace en la gran tragedia y se transfigura, ennobleciéndose ó acanallándose, alta y grande á veces, ruin y execrable en ocasiones, — cuando combaten los hermanos en contiendas civiles...

Suprema y augustamente resignada en los desastres, cuando lidian los mexicanos con enemigos extranjeros poderosísimos; luminosa, irisada en tricolores radia-

ciones al vencerse á los ejércitos que fulminan los déspotas... siempre terrible y sacrificadora de abnegaciones, derramando sangre, pródiga en catástrofes... llenando páginas y páginas con líneas de fuego... ¡y todo eso en menos de un siglo! ¡Oh! sí: la historia militar de México es una constante campaña donde cada día se aglomeran cataclismos, batallas; épicas resistencias; hábiles retiradas; sitios angustiosos; ataques desesperados; escaramuzas que logran éxitos campales; emboscadas de guerrillas que tienen más estrategia que un ejército; y tiroteos en selvas y montañas que resuelven toda una red de operaciones; energías y habilidades que chocan, obscuras, para evadir una batalla cuando es preciso, ó para precipitarla cuando es necesario: todo lo que puede contener la historia de una guerra encarnizada un año ó diez de lucha en pueblos ó naciones, todo lo presenta la historia guerrera de nuestra patria en cada página!...

¡Durante ochenta años no hay un solo instante en que no corra sangre sobre el país!... y hay que consignarlo: en las perpetuas lides esplende, como rojo ampo de gloria, el valor del pueblo bajo, el heroísmo inquebrantablemente firme del soldado, que desde la *Independencia* hubo de surgir, — con Hidalgo, enbriornado, y con el gran Morelos, inaudito y fulminante. Entonces se principia á bosquejar el perfil del soldado mexicano, que bien conducido y alentado, va, sobrio y tranquilo, valiente y audaz, hasta donde lo llevan sus jefes; ¡la victoria ó la muerte!...; ó ambas glorias tal vez!.. y entonces es cuando confusamente se advina lo que había de ser el ejército de una República de tan altos destinos...

Morelos se alza como el soberbio paladín de la insur-

gencia; como el firme y terrible caudillo que sabe transformar hordas en legiones... y más aún: en legiones victoriosas... ¡Él si supo lo que valen estos criollos ó estos indios que ansian sacudir viejos yugos, vergonzosos y abominados!

Buena dirección; jefes aptos y dignos; amor por la causa y por la patria, y allá irán vencedoras las huestes mexicanas en todos los combates y batallas!

Desde entonces así lo demostraron, con sus huestes, Rayón, Morelos, Mina, Guerrero, Matamoros, los Bravo y Galeana... y tantos otros héroes militares.

¡Oh! las guerras de México independiente!... ¡Cuántas páginas inéditas guarda la historia, de tantas glorias!...

Luego desfila la terrible guerra de Texas, la invasión norteamericana, las contiendas feroces y épicas de las luchas por la República reformada y los heroísmos de las tropas mexicanas durante la *Intervención francesa* — ejecutada por el *Pequeño Napoleón*, — hasta Querétaro y la toma de México. Son desarrollos magnos de jornadas y actos excelsos que ilustran nuestra epopeya nacional militar.

¡Cuántos sacrificios, cuántas hecatombes, batallas y pugnas ignoradas!

Hoy vemos que después de tan borrascosas etapas, ahora que el país se encuentra levantado poderosamente por la paz y el orden, en plena prosperidad material, vemos que pocos ciudadanos conocen bien esos episodios marciales, esos heroísmos y esas batallas!

Casi todos ignoran los grandes sacrificios de jefes, oficiales y soldados de los que no conocen ni el nombre!

¿ Quién comprende algo acerca de lo que fueron los primeros esfuerzos por la patria libre, ni los empeños de los que pelearon por la República respetada y apta, ni las supremas lides por conseguir en los campos de batalla la tranquila prosperidad de que disfruta la patria, después de tantas hecatombes y de tan horrendos duelos, gracias á ignoradas abnegaciones?

¿ No es ello triste?... ¿ No es verdad que ya es hora de que sepamos cómo se verificó esa serie de acciones guerreras... cómo se iniciaron y por qué causa, cuál fué el éxito, — triunfo ó derrota — y las consecuencias fatales de los hechos... enalteciendo las virtudes de jefes y subalternos — amigos ó enemigos, — como un culto al honor y al cumplimiento del deber?...

Preciso es, conforme á riguroso método, ir enlazando unas con otras las acciones de armas, comentándolas, analizando en unos cuantos rasgos la conducta de los caudillos y el influjo de ellos en sus masas ó ejércitos, siguiendo siempre las inexorables leyes sociales. ¿ No es verdad que es indispensable, útil, hermoso y ameno ese conocimiento de nuestra historia militar fraccionada, para solaz, holgura y descanso del lector, en sus principales episodios; que es un deber su conocimiento para el soldado, al par que aliciente, estímulo y goce?

Aseguramos, y con razón y pruebas, que no conocemos nada de nuestras batallas, ni combates, sitios ó memorables actos marciales mexicanos!; Cuánta gloria inédita!

Seamos francos: apenas de memoria se sabe que hubo un tal sitio de Cuautla en que Morelos hizo prodigios de valor; nadie ignora que allá en el Sur, Guerrero sostuvo combates legendarios; luego... dirán que vinieron los americanos y que hubo una batalla de Palo

Alto; otra de la *Resaca*; y después, asalto en *Molino del Rey*; en *Chapultepec* y *Churubusco*... en seguida, otra vez las *Invasiones*; el *cinco de Mayo*... y *sic de cæteris*... ¡ Y es mucha erudición!..

Preguntad ¿ por qué y en qué circunstancias llegó Morelos á Cuautla, con qué elementos contaba, cómo se fortificó y cómo y en qué estado de fuerzas llegaron sus perseguidores?... ¿ Cuáles fueron los méritos de la resistencia y por qué Calleja no logró en dos meses tomar la plaza?... Mas aún: que se explique el desarrollo de la guerra de Independencia; la causa de su extensión victoriosa, no obstante los desastres;... interrogad por qué se perdieron las batallas contra los norteamericanos y quién fué el vencedor en las terribles jornadas de « La Angostura », y veréis que aun los más ilustrados mexicanos, los letrados, profesionalistas y todos los que se llaman cultos... ¡ no sabrán responder!

En cambio... ¡ qué bien conocemos la historia militar extranjera!... ¿ Qué estudiantillo de primer año de estudios preparatorios no sabe de memoria toda la relación de *Waterloo*?... ¿ Quién no admira los lauros de *Austerlitz*, y quién no se lamenta con los desastres de *Sedan* y *Metz*, ó no discute el asedio de *LadySmith* en estos últimos tiempos?

Noble es el despertar de la afición por la Literatura Militar, hoy que el mundo en este Fin de Siglo se prepara á presenciar quién sabe qué formidables campañas... pero, fuerza es confesar que en México debemos conocer ante todo: *lo nuestro*, — nuestras acciones bélicas, batallas y combates, escaramuzas, retiradas, sitios y campañas de guerrillas, en su orden lógico, sin ofuscar la imaginación, ni fatigar el espíritu con ociosos detalles, ni abrumarlo con fechas y nombres que nada prue-

ban; — sino exponiendo con precisión en su gran belleza, las causas de los acontecimientos de nuestras grandes glorias, — porque las tenemos, y fuerza es conocerlas para comprenderlas y amarlas!

En ningún país de Europa hay niño de quince años que ignore las dignas empresas marciales de su patria, ó sus tristes desastres, con sus detalles más salientes, comprendiendo todo el mérito y la gloria que significan. Preguntad á un niño francés por *Azincourt* ó *Poitiers*, y por *Valmy* ó *Lens*, y solicitud de un letrado mexicano una explicación del fuerte de los Remedios, el Veladero ó el Venadito; de la retirada de Rayón, ó del sitio de Huajuapam... ¡ Y comparad y deducid!

\*  
\*\*

Hemos escrito esta obra en que desfilan los principales episodios militares de nuestra patria desde que se inició su Independencia, con el objeto de que la juventud batalladora en las luchas del trabajo, en esta época de progreso y de paz, comprenda lo que ha sido el valor y el heroísmo del soldado mexicano y de sus jefes, — á cuyo abnegado y altivo Ejército la dedicamos con orgullo, — ya que nuestros comentarios no son sino el eco de prudentes advertencias y sabias apreciaciones de veteranos dignos y de aptos y valientes capitanes, quienes nos han facilitado elementos para dar cima á la ardua empresa de perfilar en nuestra historia patria sus más esplendentes hechos de armas.

Procuramos darle amenidad literaria, sin hacerla pesada con enumeraciones insulsas é inútiles, de nombres y fechas, generalizando los grandes acontecimientos y exaltando con brío el sentimiento patrio que

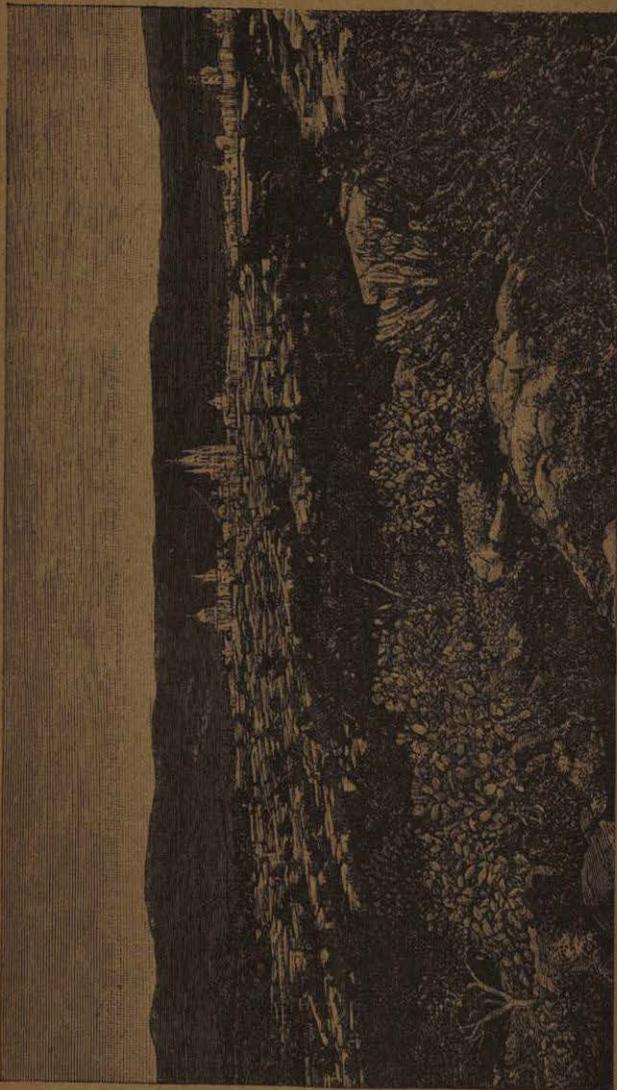
tan altamente vibra á través de tantas victorias y catástrofes.

¡ Ojalá que algunas páginas de esta Epopeya sean explicadas á nuestros bravos soldados, por sus oficiales, en las horas de descanso, para que sepan cómo se batieron no ha mucho, sus padres, en los campos de batalla, por la Independencia y la Libertad de México! ¡ Y ojalá también que los padres y maestros mexicanos lean á los niños estos relatos de heroísmo patrio, para que sepan toda la gloriosa tragedia de nuestro valiente Ejército, tan pródigo de su sangre!

HERIBERTO FRÍAS.

México, Octubre, 1900.





San Miguel el Grande. (Hoy San Miguel de Allende.)  
Primera población ocupada por Hidalgo. (Septiembre 1810.)

## I

### LA EXPLOSIÓN INICIAL

La terrible y súbita explosión de Dolores estalló, no directamente por obra y genio de un hombre en momento determinado: fué resultante de los acontecimientos anteriores; fué el sufrimiento de la oprimida y vejada raza que formaban los verdaderos mexicanos de entonces — la clase media, el pueblo — la que tras de la constante acumulación de sus miserias, de su abatimiento y ultrajes, sintiéndose, no sin protesta inconsciente, esclava aún en su hogar — hizo sacudir en la hora fatal los viejos grillos, encarnando el Numen de *Independencia* en un intrépido cura de pueblo!...

¡Instantánea explosión! — Inaudita campaña que se inicia de súbito, sin ejército, sin plan, sin jefes, sin aprestos. No había ideas, no había orden, ni proyecto, ni cálculos, ni proclamas...

La inmensa Opresión que ahoga, aplasta y empieza á hacer crujir una nueva raza que se va sintiendo dueña de su patrimonio nacional, hace vibrar en virtud de infinitas circunstancias históricas, su angustia y su desesperación en los labios del cura Miguel Hidalgo.

Todo fué sentimiento, sensación, pasión; grandes estremecimientos de cólera, de desesperación contra la Pesadumbre tiránica... Todas las amarguras y expoliaciones del pueblo que sufre, tomaron trágicas resonancias en el grito de Independencia del sacerdote, del humilde amigo de los oprimidos, que, hijo también de ese mismo pueblo, sufría con sus desgracias que conocía en todo su horror!...

No. No hubo preparación sistemática. El cálculo, la previsión, el orden, el método, el objetivo; en suma todos los elementos que integran un proyecto de insurrección, estaban ausentes... Germinaba en forma de cólera é indignaciones secretas en todos los americanos el anhelo de ser libres en su patria, comprendiendo vagamente que era inicuo é indigno que los españoles venidos de lejanas tierras, insolentes y déspotas, tuviesen todos los frutos de la madre tierra que aquéllos ultrajaban, lo mismo que á sus hijos criollos...

Por todas partes surgían sordos murmullos..... y por la atmósfera cargada de nubes tempestuosas pasaban estremecimientos de luz, relámpagos que rasgaban las tinieblas, para extinguirse de pronto, trágicamente...

Eran las palabras que osaban hablar de *Libertad!*... ¡ las primeras palabras!

Hidalgo sabe de todo ese Mal que padece su patria; recoge los ecos de esos dolores, los anhelos de los que han sucumbido... mira en torno, y creyendo que va á sonar la hora, entusiasmado por las ardientes frases de un joven mexicano — Allende — gallardo militar que anhela entrar al combate en lid gloriosa — se decide á ser el clarín de *llamada á las armas*, para la lucha por la *Independencia!*

Y cuando nada hay resuelto aún acerca de la ejecución de la formidable empresa, cuando ni se sueña cómo se principiará semejante campaña; cuando falta todo, desde dinero y caudillos aptos, hasta soldados, descúbrese la conspiración en Querétaro y Guanajuato. ¡ La saña del gobierno virreinal va á desfogarse... principian las prisiones, y corren las órdenes, terribles contra el audáz cura y los suyos!... ¡ Todo abortaba tristemente!... ¿ Era el fin?

¡ Mas no!... ¡ He aquí que surge en tal conflicto el hombre épico que engendrará los grandes acontecimientos! ¡ el decisivo, el fulminante, el improvisado caudillo!

Súbitamente el cura inteligente y bueno, industrioso y reflexivo — pero al fin cura humilde — se transforma en el general de los ejércitos de América que declara la guerra á los reyes españoles, gritando solemnemente en la madrugada del domingo 16 de Septiembre :

— ¡ *Viva la América!* ¡ *Viva la Independencia!* ¡ *Mueran los gachupines!*

Este grito concentra un inmenso anhelo y un gran odio estallando en cólera.

Ya desde este instante que debe ser marcado con un punto-sol en nuestra historia patria, porque de allí arrancan nuestras luchas por la Libertad, desaparece el Sacerdote y se alza el Héroe iniciador de la gran idea, el que encarnó todas las aspiraciones de los buenos mexicanos, desafiando el colosal poder de los privilegiados del Gobierno, del alto Clero, de los ricos y de los grandes propietarios territoriales.

Abortado el plan de Hidalgo y los suyos, que proyectaban hacer erguir su levantamiento hasta Octubre, el cura se transforma en general, y desde la madrugada

del día 16 de Septiembre de 1810, obra como militar de inspiración, sin reglas, ni conocimiento alguno, no sólo para poder dirigir grupos de miles de hombres, pero ni siquiera para hacer marchar una escuadra.

Mas precisamente eso lo hace más singularmente grande... comprende con rara intuición los axiomas de la estrategia... se deja abandonar por la corriente de los acontecimientos después del reto á todo el Reino, á sus señores y á su ejército.

Él apenas se daba cuenta de los valiosos elementos de guerra que tenía á su disposición el gobierno virreinal, enormes relativamente, si se considera la inmensa extensión del territorio, habiendo siempre gozado de absoluta paz secular... Por todas las principales poblaciones estaban desparramados los regimientos y batallones provinciales, cuyo personal se integraba por gente robusta y brava, hija de los campos, mezcla de dos razas, mexicanos educados en la disciplina y obediencia al Señor español... mexicanos *realistas* que hasta muy tarde se unirían con sus hermanos los *independientes*. Los jefes y oficiales eran en su mayoría españoles que tenían á gran orgullo servir en las filas...

Hidalgo, sin fijarse en los obstáculos, se abandona á la corriente, después de romper, al eco de su voz, el dique...

Ocho ó diez hombres, veinte sables y lanzas improvisadas, viejos fusiles, unos cuantos machetes y montón de cuchillos, son su núcleo veterano y su armamento... Pero es ya un estratégico; ante todo va á inutilizar, á desarmar al enemigo, aniquilando sin compasión todo lo que sea hostil, aprovechándose de los mismos elementos del contrario.

Va á todas las casas de españoles; los prende y les toma sus armas y caudales en nombre del nuevo gobierno... Faltan brazos y los toma donde los halla al punto, dispuestos para servirle: en la cárcel. Arma á los presos y á los *rancheros* que van llegando de sus haciendas... Manda tocar « á misa », temprano, y cuando se aglomeran en el atrio de la parroquia infinidad de campesinos que idolatran al cura, — arrieros, mineros y peones, — les arenga, diciéndoles que van á conquistar la gloria y la felicidad en la patria de la que son dueños, debiendo arrojar á los duros é injustos amos, los españoles... y como el vehemente cura ya es un caudillo inspirado que se dirige á los que más sufren y son más asolados por el látigo del Señor, removiendo antiguas cóleras en pechos de nobles labriegos... todos le aclaman entusiastas... ¡ y toman las armas! otros montan en sus pequeños caballos... Allende, el único militar, con unos cuantos dragones del Regimiento de la Reina, de los que se encontraban dispersos por las poblaciones de la provincia de Guanajuato, intenta dar jefes y orden á aquellas masas de *plebe* y *rancherada*, á cuyo frente, sin pérdida de tiempo, se ponen los caudillos, emprendiendo el rumbo de San Miguel el Grande, en pos de gente, armas y dinero para la guerra de la Santa Insurrección.

Apenas es creíble que en semejantes condiciones, tan pobre, tan aislado, tan viejo, haya podido un cura de aldea, engendrar el colosal ataque contra el tres veces secular Poderío español, levantando ejércitos, haciéndose de recursos enormes, improvisándose él en general, convirtiendo en jefes victoriosos sobre las tropas hispanas á los mayordomos de las haciendas,

arrieros de los caminos y curas de los pueblos... ¡ Apenas puede concebirse tal prodigio...!

Pero hay que advertir factores antes ignorados: el malestar general del pueblo oprimido, la justa cólera latente en los pechos de los americanos, por su humillación ejecutada por los privilegios y honores dados á los advenedizos europeos, y todas las ansias comprimidas, de ser libres y soberanos en la tierra que trabaron sus padres para provecho y lujo del extranjero que los denigra.

Nadie se atrevía á expresar aquella palpitación humana y social... Cuando hubo un caudillo osado, todos los oprimidos volaron á él engrosando su ejército... Llamémosle así aun cuando estaba muy lejos de serlo... No era sino muchedumbre alborotadora, inocente en su tumulto grandioso, pueril, — creyendo ir con sus viejos sables, palos con cuchillos, hondas y lanzas, llevando como jefes *rancheros* ricachos en malos caballejos, — *á conquistar México, de cuyo trono arrojarían al virrey, para ser gobernados sólo por Hidalgo, echando á los tiranos españoles.*

Es preciso caer sobre las poblaciones más ricas y más cercanas, sorprenderlas audazmente sin dar tiempo á resistencia alguna, apresando á los europeos que significaban enemigos, que no darían cuartel, tomándoles sus recursos y armas para el ejército insurgente, cortando los caminos y deteniendo los convoyes al mismo tiempo que se llama á las filas de la insurgencia á todos los que quieran ir á batirse contra los opresores.

Por los caminos la marcha del caudillo es soberbia y triunfal... Ha cundido ya por rancherías, poblachos y haciendas la noticia fabulosa de que todo un mundo

de valientes corre hacia la capital de la Nueva España para arrojar á los españoles... y se unen á las primeras masas, verdaderas muchedumbres delirantes de entusiasmo! Ingenuos *rancheros* á pie ó á caballo, unos con simples garrotes ú hondas, otros armados de machetes, tranchetes, hoces ó cuchillos de campo; creyendo sencillamente que por su extraordinario número arrollarían las breves y delgadas tropas realistas!

En vano desde un principio intentó Allende, educado en la severa disciplina militar en el Regimiento de Dragones de la Reina, del que era capitán, dar alguna organización jerárquica y cierta disposición para las más simples maniobras, previendo que cualquier grupo de tropas realistas podía desbaratar con una descarga y unos cuantos sablazos aquel enjambre... en vano quiso que hubiese desde luego subordinación y espíritu militar; ¡ fueron tareas imposibles á las que tuvo que renunciar por lo pronto!

¿ Qué iba á poder hacerse con aquellos labriegos, hijos de generaciones esclavas, embrutecidas en el trabajo mecánico bajo la eterna obediencia ciega y dogmática al amo, por quien hacían fecunda la tierra?

¡ Apenas si aquellos hombres que iban con Hidalgo á emprender la más sangrienta y feroz de las campañas, apenas si habían olido la pólvora en las fiestas religiosas, cuando se lanzaban cohetes al aire, cuyo estallido no obstante hacía temblar los sencillos pechos!...

Sin embargo, esos hombres fueron los primeros soldados mexicanos... y pronto ellos mismos ó sus hermanos, — sus hijos ó amigos más tarde, — perdido el estupor del fuego, hicieron prodigios de valor y muchos fueron valientes jefes que hostilizaron á los rea-

listas ó cayeron en los combates, dando su vida á muy alto precio de sangre!

Entre esos primeros soldados mexicanos no debemos olvidar al indio, entonces tan envilecido como hoy por la política de los españoles que lo aislaron considerándolo fuera del linaje humano, embruteciéndole hasta lo último, agregando á sus fanatismos de raza nuevas supersticiones; pero que, no obstante, odiando á su opresor, alentado por la voz de Hidalgo, marchó contento, aunque en numerosas bandas desordenadas, tumultuosas y sin armas.

Comprendió el caudillo con sagaz penetración que era preciso un estandarte, cuya enseña pusiese en conmoción aquellas hordas, para poder llevarlas al combate y á la muerte, y encontró al punto el lábaro que desde entonces fué el emblema de los insurgentes, la augusta y épica Bandera por la que pelearon once años.

En el santuario de Atotonilco vió Hidalgo la imagen de la Virgen de Guadalupe, la Gran Protectora del humilde mexicano, en un estandarte que servía en las pompas religiosas... El jefe insurgente lo tomó colocándolo en la punta de una larga lanza, y enarbolando con brío el lienzo, arengó á las multitudes, diciéndoles que la Divina Reina del Cielo aparecida en el Tepeyac para consuelo de los mexicanos, amante de los oprimidos, Amparo de los que tenían valor en la adversidad, les iba á dar su patria llevándolos á la Victoria!...

— ¡Ella estará con nosotros siempre que vayamos con valor á las batallas contra los que nos han quitado nuestra patria!... ¡Siempre triunfaremos, y las balas nos respetarán si gritamos con toda el alma: ¡Viva la Virgen de Guadalupe!

Aquello electrizó las muchedumbres hasta el delirio...

un griterío atronador estremeció los ámbitos, y desde esa jornada, fué al frente de las masas el estandarte de la sagrada imagen, — simbolo sencillamente augusto, — atrayendo más y más voluntarios á la Nueva Causa.

Hidalgo obtuvo con su clara inspiración inmensas ventajas haciéndose de una bandera que habria de respetar todo el pueblo y todas las *castas* é indios, la gran masa que soportaba todas las cargas y trabajos impuestos para extraer las riquezas de la Colonia en ventaja de sus ingratos y duros señores extranjeros...

La egregia sombra de la Imagen, en lo alto de una lanza insurgente, dió un prestigio supremo á la causa de la Insurrección que al instante contaba con el apoyo de la Virgen del Tepeyac, — la dulce Reina protectora del pueblo que sufre, de la raza esclava tanto tiempo... Mas ahora que Ella quería que sus hijos fuesen libres, que se cumpliera su sacra divina voluntad. ¡Al combate!...

Desde ese momento Hidalgo no se apartó del sublime estandarte que le dió magna autoridad cual si fuese el elegido para levantarlo en las batallas!

En San Miguel las autoridades y los españoles propietarios y comerciantes, sabiendo la aproximación de Hidalgo, se reúnen para acordar el plan de defensa contando con las dos compañías allí acantonadas del Regimiento Dragones de la Reina; pero su coronel La Canal indica que no cuenta con su tropa, toda mexicana, amante de los capitanes Allende y Aldama, que vienen con Hidalgo y que con él se pasarán. Faltos de este apoyo los españoles, huyen unos y se esconden otros, en tanto que al grito de ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Muera el mal gobierno! entran las masas adue-

ñándose de la población, en la que es imposible contener un principio de fatal saqueo.

Inocentes comentadores de la guerra de Independencia, — aun los que más admiran á Hidalgo, — se indignan beatíficamente contra las atrocidades de sus chusmas, y aun contra él, porque no impedía tales excesos.

¡Qué ingenuidad pretender que aquellas masas de seres, que traían una larga herencia de dolores y vejaciones, se condujeran con perfecta cortesía para con sus verdugos!... ¡Cómo!... Una terrible Revolución que estalla al fin en el pueblo contra los insolentes y privilegiados, — poderosos amos, — una Revolución que principiaba la campaña sin elementos, — sin nada, contra los que todo lo tienen, — había de hacer que los desnudos plebeyos y los miserables *rancheros* obrasen con dulzura!... ¡Oh! no... ¡Sonaba la hora de las justas venganzas, era el instante de las represalias y éstas debían ser atroces!... Todo español era necesariamente un enemigo que había que prender decomisándole sus armas y bienes... No podía ser de otro modo.

Hidalgo en San Miguel aumentó considerablemente sus recursos, armamento y fuerza; entrando como valiosísima adquisición, las dos compañías del Regimiento de la Reina, cuyos soldados se encargaron de dar nociones militares á los voluntarios mejor armados.

Mandó construir armas, lanzas sobre todo, las que se improvisaban con un palo con un hierro aguzado en el extremo.

Decomiso un buen número de barriles de pólvora destinados á las minas de Guanajuato y cargas de comestibles con igual destino.

Durante los días 17 y 18 arregla el gobierno civil de su primera población conquistada, y pomposamente, rápido, dirigese por los caminos que conducen á Querétaro, al frente de cerca de diez mil hombres. Iba primero la compacta infantería, — unos dos ó tres mil indios con hondas, provisiones de piedras, flechas y garrotes con hierros á guisa de lanzas ó picas, — en seguida la caballería, más numerosa y heterogénea, *rancheros* y *peones*, arrieros y aventureros de los caminos, armados de machetes y lanzas más largas y perfectas.

Los principales y más inteligentes jefes seguían á la caballería; cerrando la retaguardia, como sólida reserva dispuesta á defender ágilmente aquellas enormes masas incapaces de maniobrar aún, — fácil presa del enemigo que pudiera presentarse, — las dos compañías del Regimiento de la Reina; no obstante que muchos de sus dragones habían sido hechos jefes de improvisadas secciones en el grueso de aquellas huestes.

El plan de Hidalgo por el momento era embestir Querétaro con un golpe de mano que le sorprendiera antes de que recibiese fuerzas para defenderse. Excelente idea si se hubiera podido efectuar con rapidez. Querétaro es la llave de todas las puertas del *Interior*; es un centro estratégico de primer orden. Ciudad que rebosaba elementos cuantiosos, situada en el cruce de todos los caminos que surcan el vasto territorio; punto en que se cortan infinitas vías de comunicación, populosa villa levítica, ostentando sus cien templos y sus cien conventos erizados de hermosas y fuertes torres.

Tomar Querétaro era iniciar con maravilloso golpe de audacia la mortal campaña, apoderándose de millones de pesos, una ciudadela y almacenes, ce-

rrando todas las comunicaciones hacia México y el Interior!

En Chamacuero sabe Hidalgo los aprestos de resistencia que hace la rica ciudad; comprende que el virrey haya enviado cuantas tropas tuviera al instante á mano... y con loable prudencia descabeza su columna, cada vez más numerosa, rumbo á Celaya, para dirigirse hacia una presa más fácil: Guanajuato.

Ya contando con veinte mil hombres, el caudillo insurgente intima rendición á Celaya, amenazando con pasar á cuchillo á los setenta y ocho españoles prisioneros que lleva, si los de esa villa no abren sus puertas... En vano como en San Miguel hubo un proyecto de defensa; todos anonadados ante las enormes masas cedieron, y el ejército de la Independencia entró solemnemente en Celaya el 21 de Septiembre, ante la gritería de la plebe aclamando á los jefes de la revolución, victoreando la Virgen de Guadalupe.

Las muchedumbres se desbordaron por calles y plazas, sin freno, en el vértigo que les producía verse dueños y vencedores de los amos españoles, sobre cuyas casas cayeron, ejerciendo sus venganzas, abandonándose al pillaje. Y fué necesaria la terrible energía de Allende para contener aquellos infelices que principiaban con ferocidad la campaña nacional, dando pretexto á las horrendas represalias de los realistas...

En Celaya llegó á ser ya imponente el ejército, teniendo más armas, pólvora, carros, provisiones, caballos y plata acuñada y en barras, contando también con los nuevos jefes y empleados de importancia, que siendo americanos se le habían agregado.

Ante su ejército, el nuevo ayuntamiento y una muchedumbre inmensa de pueblo fué aclamado Hidalgo como

Capitán general de los ejércitos de América, siendo Allende Teniente general.

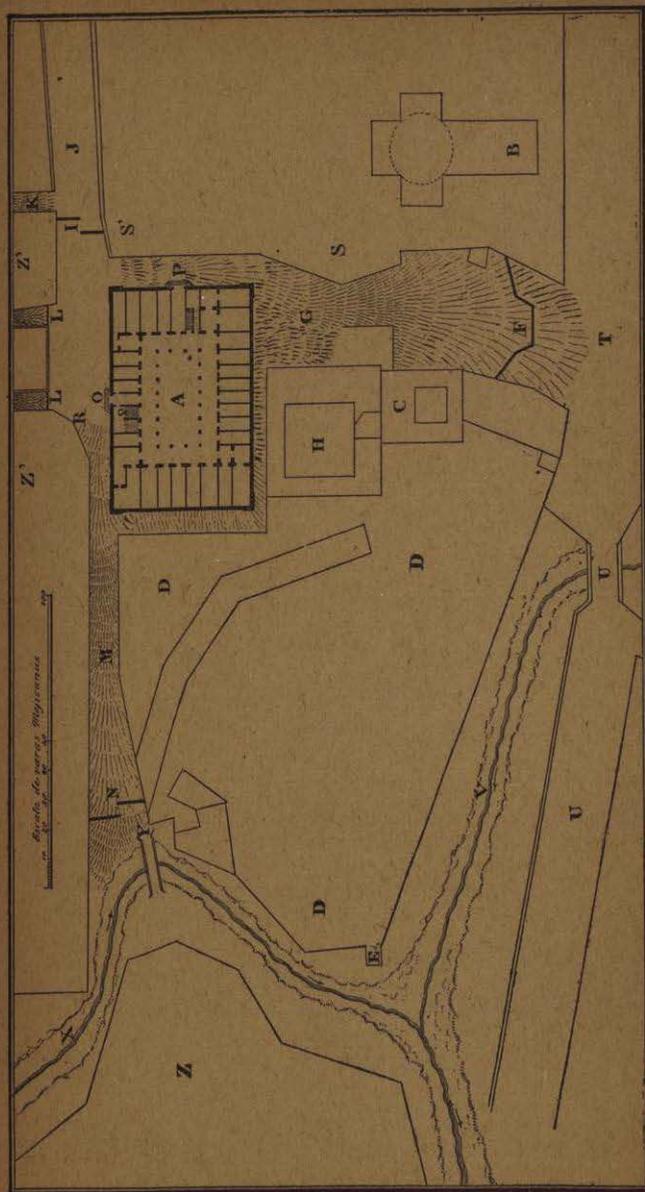
Semiorganizado aquel inmenso enjambre de gente entusiasta, más ó menos mal armada, dispuesta en grupos, con jefes nominales apenas, rodeado el conjunto de unos centenares de verdaderos soldados, arrastrando carros pesados y conduciendo en montón, víveres botín y parque, parten de Celaya el 23, recibiendo cada instante más numeroso contingente humano, llegando á acantonarse en Salamanca é Irapuato, donde Allende trabaja por hacer el milagro de convertir en Ejército las masas tumultuosas y febriles.

Hidalgo, más fatalista, confiado en la majestad de su causa y en su triunfo definitivo, hacía demasiado con levantar el estandarte de la Virgen de Guadalupe, llamando á las armas, contra los opresores, á los mexicanos que quisieran ser libres!

Las compañías del Regimiento del Príncipe, de guarnición en aquellas villas, pasaron al ejército de la Independencia, que majestuosamente acampó el día 28 en la hacienda de Burras, á seis leguas de la opulenta Guanajuato, una de las capitales más ricas y pobladas del reino de la Nueva España.

Del 16 al 28 el cura Hidalgo había recorrido triunfal etapa en el mismo corazón del país, en son de guerra, haciendo surgir de la nada miles de hombres armados, que á la sombra de venerando Estandarte irían á las batallas... Aún no se había disparado un solo tiro en combate alguno... ¡Aún no corría la sangre en aquella campaña!...





Plano de la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato, y de sus inmediaciones relativo al ataque del 28 de Septiembre de 1810.

*Explicación del Plano de la Alhóndiga de Granaditas y sus inmediaciones en la Ciudad de Guanajuato.*

- A. — Edificio de la Alhóndiga.
- B. — Convento de Belem.
- C. — Casa de la Hacienda de Dolores.
- D. D. D. — Patio y oficinas de esta Hacienda.
- E. — Noria de la misma, situada en el confluente de los dos ríos.
- F. — Trinchera situada al pie de la cuesta de Mendizábal.
- G. — Esta cuesta.
- H. — Casa que fué de Mendizábal, que dió nombre á la cuesta.
- I. — Trinchera de la calle de los Pocitos.
- J. — Esta calle.
- K. — Subida á las minas, ó de los Mandamientos
- L. L. — Diversas bocacalles que se tapiaron.
- M. — Bajada al río de Cata.
- N. — Trinchera que la defendia.
- O. — Puerta principal de la Alhóndiga, única que quedó abierta.
- P. — Puerta lateral que se cerró con mampostería.
- Q. — Salida á la azotea de la Alhóndiga.
- R. — Ventana desde la cual un soldado de Celaya mató al intendente.
- S. — Campo santo de Belem.
- S. S. — Callejones llamados los cañitos de Belem.
- T. — Calle de Belem.
- U. — Puente y Calzada de Nuestra Señora de Guanajuato.
- V. — Río de Guanajuato que baja del Monte de San Nicolás.
- X. — Río de la Cata.
- Y. — Puente que se llamaba de palo y que después se ha construído de piedra, comenzando en él el camino nuevo de Marfil, sobre los cerros á la derecha del río.
- Z. — Hacienda de Granaditas y barrio de Tepetapa.
- Z. Z. — Cerro del Cuarto cubierto de casas, que dominan á la Alhóndiga.
- \* — Lugar en que murió el mayor Berzabal.

## II

## LA TOMA DE GRANADITAS

Guanajuato era en la época colonial un centro de riqueza, importantísimo; depósito de infinidad de elementos vitales para todas las poblaciones que la circundaban aun para la misma capital de la colonia; opulenta ciudad muy orgullosa con sus célebres minas de plata, que se enlazaban por entre los cerros abruptos, bajo tierra allá en el fondo de las rocas argentíferas, uniendo sus veneros de inagotable prosperidad... Guanajuato era entonces una feliz Cipango, llena de vida y trabajo, poblada por setenta mil habitantes entre los que había ricos propietarios territoriales, opulentos mineros y comerciantes enriquecidos.

¡Va á ser asaltada por enormes chusmas de devastación y muerte! Inmenso pánico introduce la funesta nueva en aquella población, de suyo tan pacífica y tranquila, donde se respetaba desde hacía siglos al Gobierno virreinal.

Desde el día 18 supo el Intendente Riaño la marcha rápida y prestigiosa de Hidalgo, y comprendiendo el valiente y digno militar lo que significaba semejante

alzamiento, adivinó que la intención del nuevo caudillo sería caer sobre Guanajuato.

Entonces observa, medita, manda espías y avanzadas para mejorar sus informes, y cuando no le queda duda alguna, se resuelve á defenderse valientemente hasta la muerte.

Ordena tocar *Generalá*, convoca al Ayuntamiento, invita á los principales vecinos españoles y criollos acaudalados — muy raros éstos — á reunirse para resolver lo más conducente á la defensa de la ciudad, en tanto que al pueblo, — mineros, arrieros, comerciantes en pequeño y artesanos, — se le arenga para que resista á los enemigos del Rey, de la Religión y del Orden.

Riaño con entereza manifiesta su resolución heroica de resistir, advirtiendo, como lo hizo, que enviaba correos al Virrey Venegas, á Félix Calleja, jefe de las armas realistas en San Luis y al presidente de la Audiencia de Guadalajara, manifestando lo alarmante de la situación de Guanajuato, expuesta á las hordas del cura de Dolores, urgiendo auxilios para batirlas.

Poco ó nada se resolvió, en suma, en aquellas reuniones, en las que dominaba á la mayoría de los concurrentes — ricos hacendados y opulentos mineros y comerciantes — un inmenso pavor, por temer por sus riquezas y sus personas...

Hubo un digno militar, — el mayor del Batallón Provincial, Don Diego Barzábal, — que protestó y siguió protestando siempre hasta morir, contra la rendición de la plaza á los enemigos.

¡Era un militar filiado con honor en las banderas que había jurado defender — ¡no discutía! — y por ello no hizo sino cumplir con su juramento! Y tan cumplió ese bravo español que el día 28 murió en la *Alhóndiga*,

acribillado á balazos y hecho trizas á golpes, rojo de sangre, envolviéndose en las banderas de su Regimiento, fiel á su consigna y á la orden de su patria...

¡ Nosotros que amamos la nuestra, admiremos y consagremos la memoria de ese paladín de Granaditas, que, enemigo de los nuestros como Riaño, supo morir en su puesto!

Mientras Hidalgo, con sus veinticinco mil hombres, rodeaba la Sierra de Guanajuato, aclamado como un magno jefe, enriqueciendo la tesorería de su *Ejército*, llevando á costas de peones, hierro, acero, leños, yunques, forjas y carbón para fabricar pertrechos de guerra, sin plan militar fijo, es cierto, pero yendo hacia donde lo impelia la fatalidad de los acontecimientos, como un inspirado *Mahoma* de la religión de la patria, el correcto y noble Riaño se fortificaba sabiamente en la capital de la Provincia.

Primero intentó defender el perímetro de la plaza central, cerrando con trincheras y barricadas las bocacalles, aspillerando casas y reforzando paredes, en tanto que enviaba destacamentos hacia las barrancas, desfiladeros y costas de los alrededores, con la intención de librar combate á los insurgentes fuera de la población; pero noticias de última hora le hicieron saber que la fuerza de Hidalgo pasaba ya de veinte mil hombres. Entonces cambió de resolución y convino con el Ayuntamiento y notables de la ciudad en reconcentrarse con sus escasas fuerzas, los Archivos, los caudales reales y municipales, riquezas particulares de cuantía y los más respetables vecinos y empleados, en la Alhóndiga de Granaditas, — amplio y fuerte edificio, construido sólidamente por orden suya; de anchos murallones y estrechas ventanas que le daban

semejanza entre los abruptos cerros, con un castillo pesado y monótono, por lo que el pueblo le llamaba *El Castillo*.

Rudos ataques y acres censuras se hicieron á semejante determinación y, en efecto, desde el punto de vista militar, ir á encerrar tesoros de armas, gente y dinero en un cubo de piedra dominado por alto cerro — el del Cuarto — era perderse sin poder siquiera combatir. Pero Riaño, que esperaba el pronto auxilio de Calleja, quien el día 24 escribía prometiéndole llegar inmediatamente, creyó sostenerse algunos días, confiado en el valor del Batallón Provincial y del Regimiento del Príncipe, y en los españoles armados que juraban defenderse hasta la muerte.

El pueblo miró sombrío aquellos preparativos, no sabiendo á punto fijo la causa de semejante consternación; pero pronto entre los mineros, especialmente los de la rica Valenciana, arengados por el Administrador Chowell, cundió la nueva de que eran gentes que peleaban contra la tiranía de los amos españoles, las que pronto llegarían á Guanajuato, lo que hizo que aumentase el recelo de Riaño y los demás jefes, para con la plebe.

El día 27 había hasta tres millones de pesos en la Alhóndiga; maíz, granos y otras especies en la trojes, así como todo lo que se creyó digno de salvarse del próximo naufragio, encerrándose el edificio entre las manzanas que lo circundan, por tres trincheras.

La puerta que da al Oriente se tapió con mampostería, quedando abierta la principal, rumbo al Norte. Se situaron en la azotea secciones del Batallón Provincial y de la fuerza de españoles, en observación; otras como reserva se situaron en el patio; en la puerta lo mejor

de la guardia con gente decidida á morir, — todos acaudalados españoles; — apostándose en las trincheras, tras los infantes, dispuestos á hacer fuego, algunos jinetes del Regimiento del Príncipe mandados en aquel momento por Don Gilberto Riaño, hijo del intendente.

Total: seiscientos hombres, número reducido de combatientes, pero relativamente bien armados, bravos, dispuestos á vender caras sus vidas y sus caudales, bien dirigidos y encerrados en una posición fuerte, si se tiene en cuenta que no la iba á atacar un conjunto de tropas regulares, sino una gran chusma sin fracciones constituidas, ni jefes subalternos, ni guías, ni armas... Bien es que llevaban el aliento del genio iniciador de la Gran Explosión libertadora!...

Esto no lo comprendían, ni se lo hubieran imaginado nunca, los defensores de Granaditas...

\*  
\*

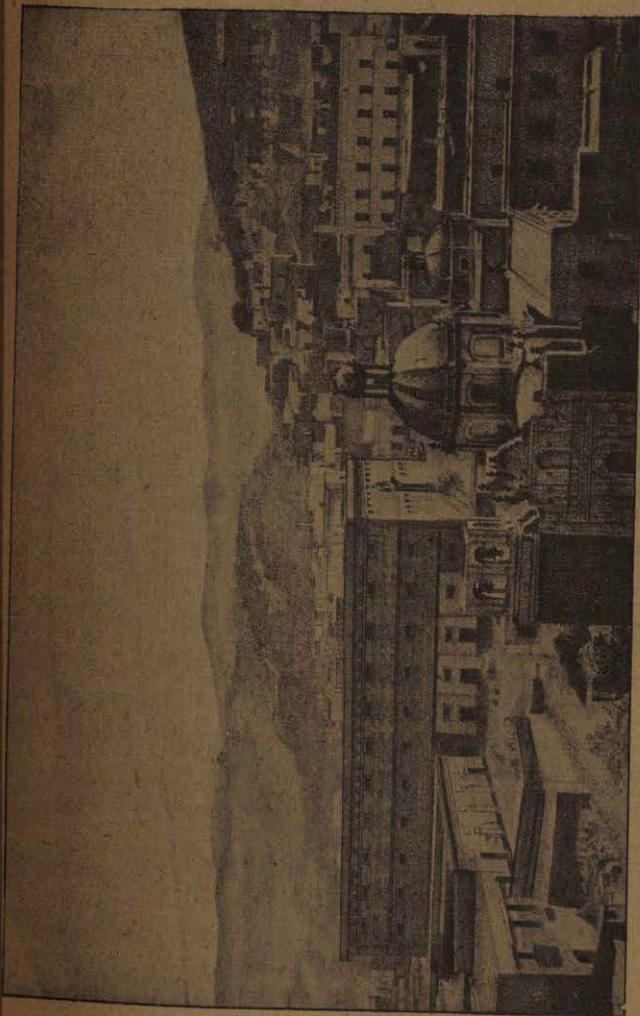
La intimación de Hidalgo á Riaño en la mañana del día 28 es concisa y enérgica: declárase aquél Capitán General de los ejércitos de América, por voluntad del pueblo, aclamado delante de cincuenta mil personas en Celaya; invitando á rendirse á los europeos fortificados en la Alhóndiga; prometiéndoles toda clase de garantías.

El bravo intendente celebra consejo en la azotea del edificio, y unánimes gritan todos los españoles, contestando al grito de su patriotismo:

— ¡ Moriremos antes de aceptar nuestra vergüenza!

Los soldados que mandaba el mayor Berzábal prorrumpieron:

— ¡ Moriremos! ¡ Viva el Rey!



Vista de la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato.  
Tomada por el lado del Sur, que es la parte posterior del edificio que mira á la calle de Belém.

Hubo un entusiasmo tiernísimo entre aquellos hombres que no podían comprender que sus enemigos defendían una causa noble y justa, la misma que sostuvieron sus abuelos durante novecientos años allá en las montañas de la patria española, contra el moro invasor.

En apretadas masas y en gran desorden avanzaban las gentes del caudillo, serpenteando por la cañada de Marfil, la que se va ensanchando hasta convertirse en estrecho valle que desemboca en Guanajuato. Ya los cerros que cercan á la ciudad se habían coronado de millares de insurrectos... Hidalgo á caballo, marchaba tras del estandarte de la Virgen de Guadalupe que llevaba, altivo y ufano, un robusto indio... la música del Regimiento de Dragones de la Reina tocaba con estruendo y por todas las barrancas, cuevas, cerros y colinas truenaba una tempestad de gritos, silbidos, cantos de guerra, maldiciones y anatemas hacia el lejano cubo de piedra de la Alhóndiga que alojaba tantas riquezas y tantos próceres.

¡ Las venganzas y las santas cóleras estallaban; y lo mismo que en un minuto de 1789 en París, la hecatombe de las grandes y necesarias vindictas de los oprimidos anunciaba su explosión en amenazas trágicas para ir á abrebar su sed roja en los charcos del patio de la siniestra Alhóndiga!...

Cuando supo Hidalgo la tenaz resolución del Intendente Riaño, consultó de nuevo con Allende, Aldama y los demás jefes principales el definitivo plan de ataque. ¡ Vanas tentativas por querer triunfar como ejército sobre Granaditas!...

Se optó por concentrar la mayor parte de la gente apta en el cerro del Cuarto introduciendo en las casas á los más diestros tiradores, pues el cerro, como ya dijimos,

domina la Alhóndiga... desde allí debían molestar á los defensores de la azotea con piedras lanzadas con hondas y con buenos tiros de fusil.

La caballería debía cargar en masa sobre la trinchera de la hacienda de Dolores y Belem y por la cuesta Mendizábal para llamar la atención del enemigo.

La trinchera del río de la Cata que cubría la calle que es continuación de la fachada principal, — centro del reducto, — fué atacada también por masas gruesas que bajaban en verdaderos torrentes, sin formación, sin voces de mando, oyéndose tan sólo en los ámbitos los gritos de :

— ¡ Viva la Independencia! ¡ Viva nuestra Señora de Guadalupe! ¡ Muera el mal Gobierno!

Cuando estuvieron á tiro de fusil, los disciplinados soldados españoles, diestros en el tiro, y teniendo masas compactas ante sí, dispararon enfilando á la muchedumbre, sin errar bala alguna.

Rabia, desorden y principio de pánico produjeron en aquellas masas, que jamás habían visto el fuego de los combates, las primeras descargas.... Riaño, el hijo del Intendente, animaba á su tropa con sus vivas, en tanto que por las lomas que cercan el perímetro, Hidalgo cabalgaba gritando...

— ¡ Adentro, hijitos, adentro! ¡ Viva la Virgen de Guadalupe! ¡ Muera el mal Gobierno!

¡ Á Granaditas, muchachos, á Granaditas! ¡ Allí están!... y animaba á las turbas que cejaban ante las descargas, dejando cadáveres y heridos... ¿conque atravesarse á llegar al pie de las trincheras? Allende se multiplicaba y su pericia militar resolvió muchos conflictos.

Logró hacer que la gente no se expusiera en el ataque, indicando cómo debían marchar, aprovechando los accidentes de terreno, prescribiendo la calma y no la furia ciega y tonta que convierte, á veces, al temerario sin necesidad en un estúpido suicida, que hace perder á la patria una existencia que bien dirigida hubiera sido preciosa. Volvieron á la carga las masas que habían cejado... la avalancha se hizo irresistible y entonces el Intendente Riaño, que dirigía la contienda desde el patio y la azotea, subiendo y bajando, incansable, corrió á reforzar las trincheras en peligro de ser arrolladas, llevando veinte hombres hábiles del Regimiento del Príncipe, aumentando el número de los tiradores que hacen estragos en las filas. En el momento de regresar el valiente jefe de la Alhóndiga, al poner el pie en un peldaño de la entrada principal, recibe en un ojo certera bala, dirigida por un cabo insurgente del Regimiento de Celaya, situado en una ventana sobre la dominante loma del Cuarto... ¡Riaño expiró cuando más entusiasmo había en la Alhóndiga por su regreso, después de infundir valor y entereza en las trincheras, reforzándolas! ¡cayó de cara al enemigo como buen soldado, en su puesto, digno y épico!

¡Culto á su memoria, — fué un valiente!

La muerte de Riaño causó un pavor terrible en los defensores... Hubo choques entre los principales españoles, muchos de ellos dispuestos á la capitulación, mientras otros optaban por morir bajo los escombros de la Alhóndiga, como el mayor Berzábal, quien tomó el mando en jefe; pero ya sus órdenes no se obedecieron... intentaba una enérgica salida á fuerza de metralla, entusiasmo, valor, y desesperación... mas

ya de las trincheras volvían á todo correr, arrollados y diezmados los de los puestos avanzados, dejando aislado el de la hacienda de Dolores, cuyo capitán muere como un valiente lo mismo que todos los suyos, muchos de los cuales en su desesperación se arrojan á profundos pozos.

Riaño, hijo, entra á seguir la defensa, — furioso, anhelando vengar la muerte de su padre, — en el edificio desde cuyas azoteas hace certerísimo fuego sobre las chusmas que aullan y llenan el espacio con piedras, flechas y gritos, — sinfonía tremenda dominada por la lúgubre y seca nota de la fusilería española, que abría brechas de carne insurgente. Botes de metralla hechos con frascos de hierro, breas encendidas, bloques de enormes piedras, plomo derretido, vigas y balas llovían desde las azoteas á las muchedumbres ensangrentadas, que chocan contra los muros de granito de la Alhóndiga, impulsadas por irresistible fuerza.

¡Rabia fulgurante y frenética la de los defensores que se baten y encarnizan en el paroxismo de una desesperación inaudita!

¡Y qué sorda y formidable cólera también impetuosisima y ciega, la de los que asaltan y se estrellan, sintiéndose abrir en feroces claras por el azogue, la pólvora, la metralla y el diluvio de piedras y vigas que bajan retumbando!

— ¡Traigan barretas! ¡Barretas! ¡Barretas!.. ¡Abajo la puerta! — gritan los mineros, temblando de ira al ver la carnicería y notar que el ferrado portón de la recia Alhóndiga resiste sonoramente á los golpes de ariete y á las rocas que entre veinte ó treinta arrojan contra el recio maderamen....

— ¡Á poner barrenos! ¡Á socavar los cimientos!

— ¡ Barrenos! Barrenos! — gritan unos.

— ¡ Á volar el castillo! — claman los presos que han salido de la cárcel, abierta desde un principio por las hordas.

— ¡ Barretas! ¡ Barretas! — rugen los mineros.

Y en tanto el clamoreo es espantosísimo y colosal; y angustiada la gritería de los sitiados en la azotea que vomitan fuego, muerte, injurias, heroísmo y plomo, mientras de abajo suben oleadas de piedras, flechas y espumarajos de rabia á cada estallido de un bote de metralla, de una roca ó de una enorme viga que se precipita rebotando con retumbos de cataclismo, abriendo cráneos y vientres en aquella densa masa humana!...

Y fué entonces un diablo de jovenzuelo que trabajaba en la mina de Mellado, á quien llamaban *Pipila*, el que dijo de repente, contestando á Hidalgo :

— ¡ Yo, Señor! — ¡ Yo, Señor Cura!...

— ¿ Cómo? — ¿ Tú?...

— Ahora verá su mercé... ¡ Brea y aceite!... ¡ Ocotes!... ahora verá su mercé... Y cuenta la tradición y la leyenda que el pilluelo aquel desapareció entre la multitud y que momentos después, Hidalgo estupefacto veía cómo, corriéndose por los muros, encorvada la espalda, — cubierta por amplia losa donde rebotaban las balas, el plomo y las piedras que le arrojaban los sitiados, — y en una mano un ocote encendido, se aproximaba *Pipila* á la puerta sobre cuyos batientes arrojó la brea y aceite prendiéndoles fuego.

¡ Ardió el portón en unos cuantos minutos, y el humo que subió lamiendo las paredes hasta las azóteas, hizo comprender á los defensores, que llegaba la hora de la muerte!...

— ¡ Á morir matando!... ¡ Á morir matando! — rugían algunos españoles.

— ¡ Viva el Rey! — gritaban los valientes, haciendo fuego.

Otros arrojaban á la muchedumbre cajones de dinero en oro y plata, mientras los demás, aterrorizados, oraban de rodillas, demandando la absolución de sus pecados á los sacerdotes que allí se encontraban.

— ¡ Viva la Virgen de Guadalupe y viva la Independencia! — ¡ Muera el mal Gobierno! — ¡ Mueran los gachupines! — rugían las hordas ebrias, delirantes de furor y ansia de exterminio... Una inaudita sed de venganza impulsaba á las masas. — ¡ Tres siglos de opresión reaccionaban inexorablemente sobre aquellos amos!

En el patio se trabó un combate atroz entre los últimos valientes que bajaron de la azotea á esperar á los enemigos y éstos que los embistieron locos de rabia por sus muertos...

El mayor Berzábal, que acaudillaba á un grupo de soldados de su regimiento, los formó en fila como un dique humano que fué arrollado trabando un combate horrible con una veintena de mineros y soldados insurgentes... los abanderados de su batallón cayeron muertos á su lado y el bravo jefe tomó entonces las banderas hechas pedazos y ensangrentadas, y envolviéndose con ellas, arrinconado en un ángulo del patio, murió épicamente!...

Luego fué la matanza sin misericordia, ni cuartel... Las turbas vengáronse, en una hora, de tres siglos de

afrenta y matanza á la sordina, de hambre... y de opresión! —¡ siniestras represalias de los esclavos triunfadores contra los amos vencidos!

Era un triste espectáculo imposible de evitar, que el caudillo de la Independencia contempló en el fondo de su alma generosa con infinita tristeza, pero aceptándola en toda su fatalidad.

¡ Era preciso!

¡ Oh sí! aun desde el punto de vista militar, frío y terrible, tenía que ser tolerado aquel arranque, para herir en el corazón, en sus entrañas más ricas y palpitantes, al enemigo, debilitándole hasta que expirante cayera rendido ó muerto!

Y así fué... El saqueo de Guanajuato dejó exánime el corazón de la Provincia, sacudiendo con pavoroso estrépito el vetusto letargo de la dominación ibérica.

Por eso la toma de Granaditas es un martillazo rojo y fulgurante sobre el poder virreinal.

No es en realidad triunfo de un ejército, sino cataclismo fatal, reacción de las masas sufridas y explotadas.

Más de tres mil hombres costó la memorable jornada; pereciendo casi todos los defensores de la Alhóndiga, unos en el combate, otros asesinados por las turbas ebrias, y muchos buscando ellos mismos la muerte en el fondo de los pozos y de los barrancos, huyendo de la cólera del pueblo.

Á la hora del crepúsculo principió el saqueo de Guanajuato... las chusmas desenfrenadas recorren las

calles y arrasan tiendas y casas de ricos españoles, con un frenesí de devastación pavoroso, en un huracán de locura furiosísima, incontenible, que duró tres días, hasta que Hidalgo y Allende lograron contenerla con severos y mortales castigos.

